



EL BARCO
DE VAPOR

El tapiz misterioso

Luisa Villar Liébana



sm

Ilustraciones
de Javier Zabala

Primera edición: junio de 2008

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Jover
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Luisa Villar Liébana, 2008
© de las ilustraciones: Javier Zabala, 2008
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Pilar Solana,
para quien escribí este cuento.*

Curro no quería ir al Museo del Prado.
Nunca había estado en un museo,
seguro que se aburría.

–Nada de eso –dijo Jorge, su padre,
entusiasmado con la visita–.

El Prado es un lugar fabuloso.

En él llegas a sentir cosas
muy interesantes.

–¿Sí? ¿Qué cosas? –lo desafió Curro.

–Pues... cosas. Sensaciones. Ya verás.

Curro notó cómo se arrugaba
su entrecejo en un gesto de enfado.

¡Qué rabia! No le iba a quedar
más remedio que ir.





(13)





Y fue con su padre al museo.
Era más grande
de lo que había imaginado.
Con más de noventa salas,
cuatrocientos pintores, óleos,
los relojes de los reyes...

No lograrían verlo todo
ni visitándolo tres días seguidos.

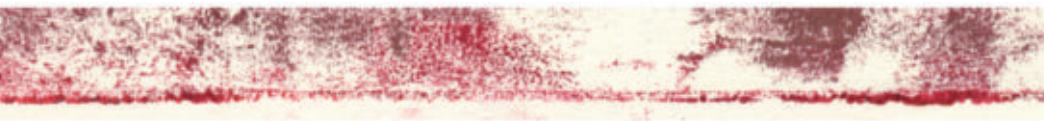






–¡Mira qué caballo!
–le indicó Clara,
que también lo acompañaba.
Clara era su madre.
A ella le habría gustado ser pintora.
Se detuvieron
frente a un caballo marrón
con la crin negra y rizada.
Lo montaba un rey,
y sus patas delanteras se levantaban
a punto de saltar.
–Es un caballo
de Velázquez –dijo Clara.





–Mira este –señaló Jorge–.
No sé cuál me gusta más.

Se refería a otro caballo de Velázquez,
marrón, con las patas blancas
y una mancha clara en el hocico.
Lo montaba la reina doña Margarita,
que llevaba puesto
un vestido impresionante.

–¡Qué vestidos más elegantes
llevaban estas reinas!, ¿eh?

A Curro le gustaron más los caballos.





Había muchos.
¡Tan grandes y fuertes
en aquellos bonitos paisajes,
que daban ganas de montar en ellos
y empezar a trotar!

De pronto tenía hambre.
Sacó un paquete de patatas fritas
de su mochila
y se dispuso a engullirlas.
Su madre dijo que no era
el lugar apropiado,
y no le quedó más remedio
que guardarlas
otra vez.

